

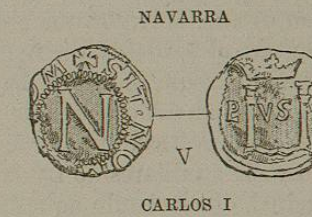
tuvo la habilidad de halagar la ambición de su hermano Fernando cediéndole el ducado hereditario de Austria, con lo que contaba un aliado seguro en aquella frontera. La amistad de Enrique VIII era un gran peso en la balanza de su poder, como lo significaba sobradamente la arrogante divisa no sin fundamento adoptada por el monarca inglés: *Cui adhæreo, præest*: «á quien yo me adhiero, aquel prevalece.» Una vez inclinado el rey de Inglaterra del lado del emperador, restábase á Francisco I de Francia ganar el favor del papa Leon X, que había empleado todo su estudio en mantener cuanto le fué posible su neutralidad y en diferir la hora de decidirse por uno de los dos soberanos. Llegado el momento de resolverse, logró el de Francia pactar con él un tratado de particion de Nápoles. Pero bajo este pacto ostensible celebró secretamente otro mas sério con el emperador, en que concertaron unirse para arrojar los franceses de Italia, dando el Milanésado en usufructo al duque Francisco Sforza, y comprometiéndose el emperador á devolver á la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, á sostener en Florencia los Médicis, y aumentar el tributo que con el feudo de Nápoles pagaba á la Santa Sede. Así se apartó Leon X de la prudente neutralidad que tanto le hubiera convenido, ya que no tenía el genio y la osadía de Julio II. Venecia seguía su acostumbrada política expectante, y las demás repúblicas y príncipes de Italia estaban mas para guardarse y defenderse lo mejor que pudieran, que para moverse y ofender á otros.

No pudiendo sufrir Francisco I, aunque desprovisto de aliados, el engrandecimiento de su rival, y deseando tener motivo ó pretexto para romper el tratado de Noyon, discurrió, á guisa de rey-caballero, cuyo dictado se daba, ayudar á su infortunado pariente Enrique de Albret en sus pretensiones á la corona de Navarra, incorporada desde Fernando el Católico á la de Castilla. Pero era menester coonestar la ruptura con Carlos, para lo cual se le deparó la ocasion siguiente. Roberto de la Marca, que estaba al servicio del emperador, por un desaire que sufrió en sus pretensiones á un castillo del ducado de Luxemburgo se despidió de Carlos, y pasando á Francia levantó gente y se metió por las tierras del Luxemburgo que pertenecian al imperio. Comprendió luego el emperador de dónde podía venirle aquel golpe, y quién era quien había promovido ó alentado la agresion, y sin dejar de enviar contra el rebelde Roberto al duque de Nassau, despachó un mensaje al rey de Francia haciéndole cargo de haber roto la paz de Noyon, cargo de que procuró excusarse Francisco I. Mas como á los pocos dias continuasen las hostilidades, á pesar de la mediación y de las conferencias de paz abiertas por Enrique de Inglaterra en Calais, la guerra prosiguió por Luxemburgo y las fronteras de Flandes, sosteniéndola por parte del emperador el duque de Nassau, por la del rey de Francia La Marca, Bayard y el condestable de Borbon: guerra que hizo al emperador ponerse en marcha para los Países Bajos, que dió por resultado una alianza secreta entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra contra el de Francia, y que fué como el pequeño preludio de otros mas graves acontecimientos.

Rotas ya entre los dos monarcas las hostilidades, que habían de durar toda su vida con pocos intervalos, parecióle á Francisco que las alteraciones en que España andaba por aquel tiempo envuelta con motivo de las guerras de las comunidades de Castilla y de las germanías de Valencia, ofrecian oportuna ocasion para acometer la Navarra en auxilio de Enrique de Albret. Envió pues de este lado de los Pirineos un ejército al mando de Andrés de Foix, señor de Lesparre (1), hermano de Mr. de Lautrec, virey de Milan. Navarra estaba en efecto desguarnecida de tropas, y no les fué difícil á los franceses apoderarse de Pamplona, que el virey duque de Nájera había desamparado; y pasando el Ebro y siguiendo adelante casi sin resistencia pusieron sitio á Logroño. Por fortuna para el emperador los gobernadores de Castilla acababan de quedar desembarazados de la guerra de las comunidades con la derrota de los comuneros en Villalar, y convocando y allegando cuanta gente pudieron, y ofreciéndose á servirles para recha-

(1) El *Mr. de Asparrós*, que dicen Sandoval y nuestros historiadores.

zar la invasion extranjera muchos de los mismos que habían peleado en favor de los populares, acudieron todos al peligro, obligaron á los franceses á levantar el sitio de Logroño (2), y continuaron rechazándolos y persiguiéndolos hasta lograr batirlos en un campo entre Ezquiros y Noain. El señor de Lesparre tuvo la temeridad de aceptar allí la batalla sin esperar los refuerzos que le llevaba el de Albret. El resultado fué



quedar derrotado y deshecho el ejército francés (30 de junio, 1521), con no poca gloria del condestable, del almirante, del duque de Nájera y demás caballeros castellanos que á aquella batalla concurrieron, siendo pocos los franceses que pudieron volver á su tierra, porque los montañeses navarros les atajaban, como de costumbre, los desfiladeros, y los mataban en aquellos peligrosos pasos tan funestos á los soldados de Francia.

Algunos meses mas adelante (fines de setiembre) hicieron los franceses otra invasion en España: tomaron las fortalezas del Peñon y de Maya, y lo que fué mas sensible, rindieron á Fuenterrabia en Guipúzcoa, que custodiaba el capitán Diego de Vera, y dejándola bien pertrechada se volvieron á Bayona (octubre). Causó mucho dolor esta pérdida en Castilla, y el fiscal real entabló acusacion contra Diego de Vera, que tuvo necesidad de dar sus descargos. Para mantener en respeto á los franceses y contener sus progresos se destinó á San Sebastian con buenas compañías de guarnicion á don Beltran de la Cueva, primogénito del duque de Alburquerque, hombre reputado por valeroso; pero ni los franceses trataron ya de internarse mas, ni se recobró Fuenterrabia. Harto tenían aquellos que hacer por otro lado.

Como uno de los designios del emperador y del papa fuese arrojar de Italia á los franceses, cuya dominacion había sido siempre repugnante y odiosa á los italianos mas que la de otra nacion alguna (3), extendióse tambien la guerra por el Milanésado, á la cual dió buena ocasion el carácter y conducta del mariscal de Lautrec, que mandaba en Milan, general experto y hábil, pero codicioso, altivo é insolente, que con sus exacciones y sus violencias tenía irritados á los milaneses y había hecho aborrecible y execrable el nombre francés. Uno de los que habían salido huyendo de sus tiranías, el vice-canciller Jerónimo Moron, se había refugiado en casa de Francisco Sforza, y revelándole un plan para sorprender muchas plazas en aquel ducado. El papa no solo acogió y alentó este proyecto, sino que habiéndose atrevido el de Lautrec á acometer, aunque sin fruto, una plaza de los dominios pontificios (4), valiése de esta ocasion para declarar abiertamente la guerra al virey de Francia en Milan de concierto con el emperador. Dióse el mando de las tropas imperiales y pontificias á Próspero Colona, general prudente y consumado, compañero en otro tiempo del Gran Capitan español, el segundo de Gonzalo de Córdoba y su émulo despues. Sorprendió esta novedad comunicada por Lautrec al rey Francisco I, que teniendo una parte

(2) En premio de sus servicios en esta guerra, el emperador declaró á la ciudad y habitantes de Logroño libres de servicios, pechos y armas, y al condestable le confirmó los diezmos del mar.

Por este tiempo había muerto ya el ministro y antiguo ayo de Carlos V, señor de Chievres, que tan funesto había sido á España. Dicen que aceleró su muerte el pesar de haberse hecho sin su consulta ni conocimiento la alianza entre el emperador, el papa y el rey de Inglaterra contra el de Francia.

(3) «La flemá de los alemanes y la gravedad de los españoles, dice Robertson, se avenian mucho mejor con el celoso carácter y ceremoniosos modales de los italianos que la vivacidad francesa, sobrado galante y poco atenta al decoro.»

(4) Reggio, donde mandaba el célebre historiador Guicciardini, que rechazó á los franceses.

de sus tropas en los Países Bajos, otra en las fronteras de España, y no esperando tan repentino ataque por la parte de Italia, se apresuró á pedir auxilios á sus aliados los suizos, y á mandar á Lautrec que se retirase inmediatamente á su gobierno y cuidara de la defensa de Milan.

Lautrec, á pesar de las dificultades y entorpecimientos que experimentó, llegó á reunir un ejército respetable, con el cual pudo detener algún tiempo los progresos de las tropas confederadas y defender su estado. Mas por una combinación artificiosa que supo emplear el cardenal de Lyon su enemigo, mientras que la legión suiza que militaba bajo las banderas imperiales continuó al servicio del emperador y del papa contra una orden de la dieta helvética, que le fué interceptada y no comunicada, los suizos auxiliares de Lautrec, que constituían su fuerza principal, obedeciendo aquella orden que les fué intimada, abandonaron las filas francesas retirándose á sus cantones. Disminuido así el ejército francés, el general de los imperiales Próspero Colona atravesó el Adda, y obligó á Lautrec á recogerse en Milan; un desconocido que salió de la ciudad al campamento de los aliados les reveló el modo y la hora en que podían sorprender la plaza; en su virtud de orden de Colona avanzó el marqués de Pescara con la infantería española, siguió á este todo el ejército; al llegar á la puerta de la ciudad huye la guardia, prosigue internándose casi sin resistencia el ejército y se encuentra dueño de la población, sin tener tiempo Lautrec para otra cosa que para dejar guarnecida la ciudadela y retirarse él á territorio veneciano. El ejemplo de Milan es seguido por otras ciudades. Parma y Plasencia vuelven al dominio de la Santa Sede, y fuera de Cremona, del castillo de Milan y de algunos otros fuertes poco considerables, no queda nada á los franceses de todas sus conquistas en Lombardia.

Tal fué el trasporte de júbilo que causó al pontífice Leon X la noticia de este suceso feliz, que habiéndole cogido con una fiebre que estaba bien léjos de creerse peligrosa, le alteró de tal manera y agravó de tal modo su enfermedad, al decir de muchos historiadores, que en pocos días le condujo al sepulcro (2 de diciembre, 1521), en el vigor de su edad y en los momentos que mas le sonreía la fortuna. La muerte del papa trastornó la marcha de los sucesos: los cardenales que seguían al ejército, dejaron los campamentos militares para asistir al conclave: los suizos, atrasados en sus pagas, se fueron á sus cantones, y para la defensa del Milanesado no quedaron mas tropas que las españolas y algunos alemanes al servicio del emperador. Buena ocasion para Lautrec, si no se hubiera hallado sin soldados y sin dinero, y si Colona y Moron no hubieran sido tan á propósito para frustrar sus débiles tentativas.

Reunióse el sacro colegio para la eleccion de pontífice. Fiado en la promesa del emperador, esperaba el cardenal Wolsey que sería para él la tiara en la primera vacante, pero su nombre apenas fué pronunciado en el conclave. Quien contaba con mas probabilidades era Julio de Médicis, sobrino del papa difunto, y el mas distinguido de los miembros del colegio; pero contrariado por los viejos cardenales, él y sus partidarios dieron sus votos al cardenal Adriano de Utrech, que gobernaba la España á nombre del emperador; en desquite le dió tambien sus sufragios la otra fracción del conclave, y con sorpresa de todos salió electo por unanimidad (9 de enero, 1522) en tan delicadas circunstancias un extranjero, ausente, y desconocido de los mismos electores. Pero fuese casualidad, ó mañosa combinacion de alguno, se vió elevado á la silla de San Pedro el antiguo preceptor de Carlos V, su regente en España y hechura suya, con lo cual creció grandemente el influjo, la importancia y el poder del emperador en Europa.

Pero esto mismo excitó mas los celos y la envidia de su rival Francisco I, que determinado á hacer un esfuerzo para arrancar á Carlos sus últimas conquistas de Lombardia, reclinó otra vez diez mil suizos, y facilitó algún socorro de dinero á Lautrec, que con estos elementos hubiera podido poner en apuro á los conquistadores y defensores de Milan, si otra vez no hubieran sido funestos á los franceses los auxiliares de Suiza. Debíanselos ya á estos algunas pagas; una escolta que iba de Francia con dinero fué detenida por el vigilante

Moron; con esta noticia se agruparon los suizos en derredor de Lautrec, pidiendo tumultuariamente y á gritos ó las pagas ó el combate. En vano les expuso la imposibilidad de lo primero por falta de numerario, y la temeridad y peligro de lo segundo, atendidas las posiciones que Colona ocupaba en la Bicoca. Los suizos se obstinaron en dar la batalla para ver de salir de aquella situacion, y fué menester llevarlos á la pelea al dia siguiente (mayo, 1522). Ellos combatieron con desesperado arrojo, pero habiendo perdido sus mas bravos oficiales y sus mejores soldados, tuvieron que retirarse del campo de batalla, y de allí los que quedaron se volvieron á los cantones de la Helvecia. Lautrec, abandonado de nuevo, tuvo por prudente regresar á Francia, dejando guarnecidos algunos puntos, que todos se fueron rindiendo, á excepcion de la ciudadela de Cremona.

Alentado Colona con el éxito de las dos campañas de Milan, procedió á arrojar á los franceses de Génova, donde todavía dominaban, y era siempre un punto de apoyo para la reconquista del Milanesado. Los partidos interiores de aquella importante ciudad le facilitaron su reduccion casi sin resistencia, y la Francia se vió otra vez desposeída de todas sus conquistas y arrojada de Italia.

La feliz situacion de los negocios en Italia y en España permitió al emperador pensar en su regreso á este último reino, y cumplir así la palabra que al partir habia empeñado de volver antes de los tres años. Pero antes quiso visitar otra vez á su aliado el rey de Inglaterra, ya con el fin de estrechar los lazos de amistad que con él le unian y empeñarle en la guerra con Francia, ya con el de desenojar al cardenal Wolsey, á quien suponía resentido por el desaire del conclave en la eleccion de papa. Uno y otro objeto logró Carlos cumplidamente en su viaje á Inglaterra. Las muestras de consideracion y deferencia, juntamente con el aumento de pension que de Carlos recibió el cardenal, las nuevas promesas que aquel le hizo de apoyar sus pretensiones en otra vacante, y la esperanza de que esta no tardaria mucho en ocurrir, atendidos los muchos años y no pocos achaques del nuevo pontífice, todo contribuyó á templar el enojo del altivo Wolsey, que continuó mostrándose tan propicio como antes al emperador. Enrique VIII, halagado con esta nueva visita de Carlos, se ligó con él mas estrechamente, le prometió la mano de su hija María, y adoptó todos sus proyectos de guerra contra la Francia. El pueblo inglés, lisonjeado en su orgullo nacional con la eleccion que hizo el emperador del conde de Surrey para su primer almirante, se prestó con ardor á pelear contra los franceses.

Compréndese bien el mal humor con que recibiría Francisco I la declaracion de guerra de parte del inglés, despues de sus recientes derrotas en Italia. Sin embargo, se preparó á recibir al nuevo enemigo; y como las guerras y los placeres le hubiesen agotado el tesoro, apeló á recursos extraordinarios, creó y vendió empleos, enajenó el patrimonio real, y convirtió en moneda la balastrada de plata maciza con que Luis XI habia cercado el sepulcro de San Martin. Con estos arbitrios levantó un buen ejército y fortificó sus ciudades fronterizas. Dueños los ingleses del puerto de Calais, metióse en él el rey Enrique con un ejército de diez y seis mil hombres, y penetró en Picardía uniéndose á las tropas flamencas; todo esto despues de haber enviado una flota á cargo de Surrey á devastar las costas de Normandía y de Bretaña. Pero Surrey no pudo tomar ninguna plaza importante, y la táctica prudente y mesurada del duque de Vendome, general del ejército francés en Picardía, detuvo los progresos de los ingleses, que despues de algunas desgraciadas escaramuzas, cansados, faltos de víveres y con sus filas diezmadas, tuvieron que volverse á su reino, sin que Francisco viera pasar á poder del enemigo una sola ciudad del suyo, ni una comarca de su territorio (1).

El emperador, apenas logró la satisfaccion de ver el principio de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, se despidió de Enrique y se dió á la vela para España, donde llegó el 17 de junio (1522), hallando su reino hereditario en la situa-

(1) Guicciard. Istor. lib. XIV.—Mem. de Du Bellay.—Sandoval, Historia del Emperador, lib. X.

cion que le hemos visto en los capítulos anteriores, á consecuencia de las alteraciones que durante su ausencia habian ocurrido y que él habia dejado como incoadas. Tal y tan prósperamente habian marchado sus negocios en Europa durante los dos largos años de su ausencia de Castilla.

CAPÍTULO X GUERRAS DE ITALIA

Pavía

DE 1522 Á 1525

El papa Adriano VI.—Su carácter.—Tentativas inútiles en favor de la paz.—Nueva confederacion contra el francés.—Defecion del duque de Borbon.—Sus causas y sus consecuencias.—Invaden los franceses el Milanesado.—El almirante Bonnavet.—Muerte del papa Adriano VI y eleccion de Clemente VII.—Invasion de ingleses y españoles en Francia.—Cómo se salvó este reino.—Recobran los españoles á Fuenterrabía.—Los franceses expulsados otra vez de Milan.—Muerte del caballero Bayard.—Sitio de Marsella por los imperiales, y su resultado.—Repentina entrada de Francisco I en Milan.—Grande ejército francés en Italia.—Retranse los imperiales á Lodi.—Sitio de Pavía.—Antonio de Leiva.—Apurada situacion de los imperiales en Pavía y en Lodi.—Recursos de Antonio de Leiva y del marqués de Pescara.—Célebre sorpresa de Melzo: notable estratagemas: los *encamisados*.—Continúa el sitio de Pavía.—Solapada conducta del papa.—Imprudencia y presuncion de Francisco I.—Su reto al marqués de Pescara, y contestacion de este.—Admirable rasgo de desprendimiento de los españoles.—Famosa batalla de Pavía.—Incidentes notables.—Célebre derrota de los franceses.—Prision de Francisco I.—Cartas del rey prisionero á su madre y al emperador.—Carta de Carlos V á la madre de Francisco I.

Coincidió la vuelta del emperador á España con la marcha del nuevo pontífice Adriano á Roma, decidido despues de alguna vacilacion á aceptar una dignidad que no habia buscado. La presencia del antiguo dean de Lovaina en la capital del orbe católico (30 de agosto, 1522) produjo en el pueblo romano tan desagradable efecto, como el que habia producido la noticia de su eleccion. Modesto y humilde en su porte, sencillo y austero en sus costumbres, enemigo de la ostentacion, del boato y de la opulencia, fué muy severamente juzgado por un pueblo, que tenia tan reciente la memoria de la fascinadora grandeza marcial de Julio II, de la seductora brillantez artística de Leon X, y le hubiera disimulado mejor algunos vicios, que hasta gozaban de alguna boga en la época, que las oscuras virtudes que le adornaban, y que parecían una reprobacion tácita de la culta corrupcion de la corte (1). Sabian además los romanos que el honrado y virtuoso Adriano, como regente del emperador en Castilla, se habia conducido con debilidad, y que no era á él á quien se debia haberse sofocado las insurrecciones populares. Por lo mismo, estaban muy léjos de creerle capaz de colocarse á la altura que las complicaciones políticas de Europa y la cuestion religiosa que agitaba entonces á la cristiandad exigian del jefe de la Iglesia.

Enemigo de los abusos y de la inmoralidad, intentó la reforma de los vicios que se habian introducido en la Iglesia y en la corte romana, que hecha con prudencia y con energia hubiera podido ser el mejor medio de acallar las agitadoras declamaciones de Lutero. Mas con mejores deseos é intencion que fuerzas y habilidad para tan grande obra, tenia Adriano, como tuvo, que sucumbir en una empresa que hubiera necesitado el genio de un Gregorio VII. La restitucion al duque de Ferrara de plazas de que se habia apoderado la Iglesia, y el restablecimiento de La Rovere en el ducado de Urbino, eran actos que le acreditaban de escrupuloso de conciencia, pero de poco diestro en la política. Con el mejor propósito del mundo exhortó á los príncipes cristianos á que se unieran contra Soliman el turco, que acababa de apoderarse de la isla de Rodas y se presentaba amenazante y orgulloso á la faz de Europa (2). Pero no era tampoco Adriano el hombre del ascendiente

(1) Adriano, ó por capricho ó por modestia, ni siquiera quiso dejarse nombre bautismal para tomar el pontífice, segun era costumbre cinco siglos hacia. Así fué que siguió nombrándose Adriano VI.

(2) Soliman II, conquistador de Belgrado y enemigo terrible de la

y del influjo que requería negocio tan grave y difícil como el de hacer que los soberanos y príncipes cristianos depusieran sus rivalidades y disensiones, y se unieran para atajar hermanos los progresos de las legiones otomanas. Sus laudables esfuerzos para procurar la paz entre los monarcas y las potencias enemigas, y su bula proponiendo y solicitando una tregua de tres años, surtieron poco efecto, con harta sentimiento suyo, y de los mismos Estados de Italia, los mas interesados en la paz, como que eran los que mas sufrían las cargas y gastos, los perjuicios y calamidades de la guerra.

Estrelláronse, pues, las tentativas de Adriano en favor de la paz contra la ambicion y las pasiones de los príncipes, y formóse otra alianza (8 de junio, 1523) entre el emperador, el archiduque de Austria, el rey de Inglaterra, y la mayor parte de los Estados italianos, inclusa la república de Venecia, aliada de Francia hasta entonces, contra Francisco I de Francia, concluyendo el mismo papa Adriano por adherirse á la confederacion (3 de agosto), instigado por su compañero y paisano Carlos de Lannoy, virey de Nápoles. Quedaba, pues, solo contra todos Francisco I. Pero léjos de mostrarse intimidado el rey-caballero con tan poderosa y general conjuracion, era su carácter no volver la cara á los mayores peligros, y mostrar mas valor y resolucion cuanto eran mas formidables sus contrarios. Así, con la actividad que en tales casos acostumbraba, se anticipó á todos, levantó un brillante ejército, y cuando los confederados andaban todavía en proyectos y preparativos, tomó audazmente al frente de sus tropas el camino de Italia con intento y resolucion de recobrar el Milanesado.

Atajóle en su atrevida empresa la defecion inopinada del condestable duque de Borbon, su pariente, y el vasallo de mas influencia y de mas fortuna de toda la Francia. Este opulento y poderoso personaje habia sido blanco de los odios de la reina viuda, Luisa, madre de Francisco, mujer tan avara como altiva, que habia perdido ya á Lautrec, y por cuyas sugestiones habia recibido el condestable desaires y desdenes de su monarca. Tan impetuosa la reina madre en sus venganzas como en sus amores, á cuya pasion no habia aun renunciado á los cuarenta y seis años, tan luego como supo la muerte de la duquesa de Borbon, empezó á mirar con otros ojos al duque, concibió por él tanta pasion como antes le habia tenido encono, y llegó á ofrecerle su mano. El de Borbon no solo la desdeñó con entereza y dignidad, sino hasta con altivez, profiriendo expresiones que hirieron el orgullo y el amor propio de la reina. Entonces la madre de Francisco llevó su resentimiento y su rencor hasta consumir la ruina del condestable, y no paró hasta desposeerle por medio de un pleito injusto de todos los bienes y riquezas pertenecientes á la casa de Borbon, adjudicándose una parte al patrimonio de la corona, y otra á ella misma como heredera inmediata de la difunta duquesa. Este despojo, unido á las anteriores persecuciones, puso al condestable en situacion de tomar un partido desesperado. Creyó que el proceder inicuo que se habia tenido con él le daba derecho á todo, y entabló inteligencias y tratos con el emperador, y le ofreció su brazo para conquistar la Francia. Carlos no vaciló en aceptar tan bello ofrecimiento, y para mas obligar al condestable, le propuso el matrimonio con su hermana doña Leonor, viuda del rey don Manuel de Portugal, que habia regresado á Castilla, y de acuerdo con el rey de Inglaterra se proyectó darle los condados de Provenza y del Delfinado con título de rey.

El plan de la conjuracion era, tan pronto como Francisco traspusiera los Alpes, invadir simultáneamente la Francia,

se habia presentado en 1521 con una formidable escuadra delante de Rodas, que defendian los caballeros de San Juan de Jerusalem con solos cinco mil quinientos hombres. Esta pequeña hueste, con su gran maestre á la cabeza, resistió con admirable valor un sitio de seis meses contra doscientos mil turcos ayudados de cuatrocientos buques. Despues de rechazar multitud de asaltos y de inutilizar mas de cincuenta minas practicadas por los enemigos, aquellos heroicos cristianos se vieron reducidos á tal extremidad, que al fin tuvieron que rendir la plaza, que era el baluarte de la cristiandad en Oriente, mas no sin obtener una muy honrosa capitulacion, que Soliman les otorgó, admirado de la heroicidad de aquellos pocos y esforzados caballeros. Estos se establecieron despues en la pequeña isla de Malta que les cedió Carlos V.